

A JOSEP PIQUÉ,
HOMENAJE DEL CONSEJO GENERAL DE ECONOMISTAS

Por

José María Serrano Sanz

**Doctor en Economía por la Universidad de Barcelona y Catedrático de Economía
Aplicada en la Universidad de Zaragoza.**

Es un honor para mí participar en este acto de homenaje a un muy querido amigo, Josep Piqué, *Pep*. Sé que se trata de un homenaje al economista promovido con toda justicia por el Consejo General de Economistas y que, por ese motivo, debo hablarles, aunque sea brevemente, del Piqué economista. Pero estoy seguro de que todos aquí, incluyendo a los promotores, queremos homenajear también -e incluso me atrevería a proclamar, sobre todo- a la persona. De manera que déjenme decirles algo personal, en mi caso, sobre el amigo.

Conocí a Pep en el otoño de 1972, cuando ambos coincidimos en el Colegio Mayor San Raimundo de Peñafort, donde íbamos a vivir mientras estudiábamos Económicas en la Universidad de Barcelona (y él también Derecho). Casualmente, llegamos los dos un mismo día de comienzos de noviembre, poco antes de que empezaran las clases en aquella Universidad agitada de finales del franquismo. Tuvimos la fortuna de que los organizadores de las famosas novatadas ya se habían cansado de hacerlas a esas alturas y a nosotros dos la única penitencia que nos impusieron fue que les invitáramos a un whisky en un bar de la entonces calle capitán Arenas, el Czibor. Nuestra vida universitaria empezaba con buen pie.

Más adelante nos trasladamos a un piso con otros compañeros del Colegio Mayor hasta el final de la carrera, como era típico por aquellos años. El piso, el Colegio, el compañerismo en la carrera y las múltiples y variopintas aventuras de los veinte años forjaron una amistad que resistió bien el paso del tiempo y la distancia física y profesional. La prueba la teníamos cada vez que nos encontrábamos, porque parecíamos reanudar

una conversación de la semana anterior, sin necesidad de explicaciones adicionales. Era fácil, porque a lo largo de los años yo seguí viéndolo como el Pep de toda la vida, con el mismo carácter, idénticos ideales y los mismos principios. Ya decía Santiago Ramón y Cajal que muchos de los verdaderos amigos se forjan en la carrera.

Fueron aquéllos, por otra parte, unos años muy especiales porque eran el escenario de nuestro propio proceso de maduración y del cambio político en España. Acabamos la carrera precisamente en el mes de junio de 1977, unos días después de las primeras elecciones generales. Quien vivió aquel tiempo recordará cómo nada que afectara al destino colectivo nos era ajeno, empezando por la política. También que nuestro universo cultural no se limitaba a la profesión, sino que leíamos con avidez todo lo que caía en nuestras manos, desde prensa hasta libros sobre todo de historia y política y muy especialmente si se trataba de ensayos abstrusos.

Permítanme evocar por un instante al Piqué de entonces, porque contenía muchas de las cualidades que ahora son conocidas. Decir que aquel Pep era muy rápido al aprender, de una claridad meridiana al razonar y singularmente brillante al exponer no descubrirá nada a nadie que lo haya conocido después. Decir que era activo, curioso e inquieto, y a pesar de eso sensible, y que tenía una capacidad de trabajo excepcional, tampoco.

Poseía, además, ya entonces una disciplina personal y una voluntad férreas para cumplir sus compromisos: tras una de aquellas -que ahora parecen tan lejanas- salidas nocturnas, se acostaba cuando todos, pero se levantaba mucho antes que los demás para acabar con las obligaciones que tuviera previstas. Esto, podría haberle hecho un poco odioso, pero era imposible que lo hiciera, porque siempre te ganaba su cercanía, que lo convertía en imbatible en la corta distancia, y su sentido de la amistad. Después, a todas esas cualidades le añadió madurez y así llegó a ser el brillante hombre público que todos hemos conocido.

En cuanto al Josep Piqué economista. Difícilmente el Consejo General de Economistas podría haber elegido mejor a quien otorgar su máximo reconocimiento, porque pocos economistas, sí alguno, han tenido una trayectoria profesional más completa que Piqué. Unos economistas se dedican a la investigación en un sentido académico, otros dirigen o asesoran

a empresas privadas y los hay que gestionan lo público o colaboran en la formación de la política económica. Además, algunos de entre ellos se animan a hacer pedagogía social, explicando en conferencias o medios de comunicación sus ideas sobre la economía para convencer a la opinión pública de las bondades de la racionalidad económica.

Josep Piqué hizo todo eso, y lo hizo como solía, de forma sobresaliente: fue un competente economista académico, dirigió y fue presidente y consejero de importantes empresas, realizó política económica en primera persona, nada menos que como ministro, y nunca dejó de dar conferencias e intervenir en medios de comunicación para formar opinión. Cronológicamente, empezó en el mundo académico, siguió en el empresarial, pasó a la política y volvió a la economía de la empresa, aunque sin abandonar nunca su faceta de hombre público y su interés por la política, ni tampoco sus reflexiones de intelectual comprometido. Glosaré brevemente su trayectoria.

Al acabar la carrera varios de los componentes de nuestra menguada promoción decidimos seguir en la Universidad y, entre ellos Pep, que optó por Teoría económica. Leyó su Tesis doctoral en 1983 sobre la política monetaria y las expectativas racionales en los shocks de oferta, un tema que estaba entonces en la vanguardia de la investigación en economía y no era cómodo sino ambicioso. Pero no solo la teoría en estado puro le interesaba, también la economía aplicada, diríamos hoy; en otras palabras, la coyuntura económica o los problemas de fondo más acuciantes. Eso le llevó a la administración autonómica catalana, que daba sus primeros pasos, y al Servicio de estudios de La Caixa, a cuya modernización contribuyó decisivamente. O a realizar a mediados de los ochenta con Antón Costas y conmigo, un ambicioso proyecto de investigación sobre la política económica de las entonces nacientes Comunidades Autónomas.

Por aquel tiempo se sintió tentado por el mundo empresarial, por la economía real, podríamos decir, y pasó a convertirse en un competente empresario, algo que volvería a demostrar tras su paso por la primera línea de la política. Solo hace falta recordar Ercros de antes o Vueling de después, entre otras. Creo que muchas de sus cualidades explican su éxito en este

campo. Su inteligencia, su capacidad de trabajo, su curiosidad y predisposición para aprender cosas nuevas -que le hacía, por ejemplo, hablarte como un químico cuando estaba en Ercros- son algunas de ellas. A pesar de la exigencia que representaba pilotar un grupo empresarial de primer nivel, nunca dejó de interesarse por la cosa pública y eso le llevó a mediados de los noventa a presidir el Círculo de Economía, antecedente inmediato de su paso por la política.

Y llegó la política, que tuvo dos etapas, como es bien conocido: en la primera ejerció como ministro del Gobierno de España desde 1996 hasta 2003, en la segunda ejerció como presidente del partido Popular en Cataluña y parlamentario autonómico. Fue nombrado ministro de Industria y Energía en el gabinete que formó José María Aznar tras las elecciones de 1996, en 1998 se le agregó el cargo de Portavoz del Gobierno, en 2000 pasó a ocupar el ministerio de Asuntos Exteriores y en 2002 a Ciencia y Tecnología. Nada menos que cuatro ministerios en poco más de siete años, desempeñados todos con brillantez. **En el imaginario popular quedan sobre todo sus intervenciones como Portavoz del Gobierno, pero yo a él lo recuerdo especialmente satisfecho con Industria y sobre todo con Exteriores, un descubrimiento que no tuvo tiempo de disfrutar a fondo.** En todos ellos ejerció como economista y no solo como político. Los años de la vuelta a Cataluña fueron los de la política pura, duros, difíciles, agotadores y, por qué no decirlo, un tanto estériles tras el pacto del Tinell y el cambio de Gobierno en España.

Llegamos así a la etapa final de su vida, que fue desgraciadamente mucho más breve de lo previsible y deseable. Sin embargo, tengo para mí que los últimos años fueron como una síntesis de sus mejores elecciones en los tres ámbitos que había cultivado: la política, la empresa y la academia. Aunque, sin duda, también su nueva vida personal contribuyó a darle equilibrio, sosiego y fuerza. Estaba en plenitud cuando le alcanzó la enfermedad, a la que resistió con singular entereza y estoicismo, como era él.

Dejó la primera línea de la política en 2007, pero no abandonó en modo alguno su compromiso personal con las causas que había venido

defendiendo, la libertad, la convivencia, el constitucionalismo, España; así lo demostró en múltiples ocasiones hasta sus últimos días. Esa presencia y esa coherencia lo hicieron popular y lo convirtieron para muchos en un ejemplo permanente del mejor ciudadano. Volvió al mundo empresarial, pero centrado poco a poco en el ámbito de los Consejos de administración, un trabajo más reflexivo y distante de la agitación diaria. Retornó a lo académico con libros, artículos y conferencias siempre interesantes, pero escogiendo sobre todo la geopolítica, un tema que le había fascinado desde el ministerio de Exteriores y en la que se convirtió en una verdadera autoridad.

Concluyo volviendo al comienzo de mi intervención: el Consejo General de Economistas no podía elegir a nadie mejor para otorgar su máxima distinción que a Josep Piqué, paradigma de economista brillante, completo, intachable y comprometido.

Muchas gracias.